

PENSAMIENTOS DE UN VIEJO

José Manuel Arango

Para Fernando González hijo

1

Usa bordón: de guayacán
o de guayabo.

Todavía, con todo, es un viejo
derecho y ágil.

Quizá la mano tiemble un tanto,
la mano de dedos nudosos,
pero el bordón es sólo un resabio
de caminante.

2

La boina cubre la gran testa pelada.
Cabezón pero infiel, así me parió
mi madre.

Algunas hebras canas asoman
en la nuca, en las sienas.

3

Dos rasgos, sobre todo, resaltan
en el rostro magro:

la quijada saliente

y los ojos de una quietud atenta.

Van del sarcasmo a la inocencia,
al gozo, a la duda.

Ya estudian burlones a la gente
que pasa.

Ya se fijan, mansos y lúcidos,
en las palomas.

4

Y todo lo que ven es asunto
de su lento monólogo,

todo casa en la larga meditación
que lo ocupa.

En ella cada cosa tiene un lugar
y un sentido.

Es una pregunta, una señal.

5

Por ejemplo esa muchacha que cruza.
Una bella negra

cuyo paso está hecho del ritmo
que marca un tambor lejano.

Lo oye en sueños o ebria.
Camina, danza.

Es Eva, de catorce años y medio.

6

El viejo se apoya en su bordón,
se detiene.

Una sombra de triste avidez,
de alegre avidez, le nubla la cara.

En tiempos solía sorprenderse
siguiendo a una muchacha.

Dios es una muchacha, la muchacha
de las muchachas.

7

Esos senos duros, erectos.
Pero no es dureza.

Es elasticidad.

Uno hunde el dedo en la carne
y la carne se hinche de nuevo.

Hermosa, es decir joven.

8

Bah, puro misticismo, religión pura.

Prédica de cura viejo, dijimos.

¿Qué podría enseñarnos? preguntó
nuestra desconfianza.

9

Vida, diosa de los ojos maliciosos

10

Nos pensó. Tuvo ojos para ver
nuestro entorno.

Conocía esta tierra.

Una tierra como útero herido
por el partero con la uña.

11

Y esa forma suya de hablar,
con vocablos redondos, duros.

Uno sabe: esto es mío. Se reconoce.

Usó para pensarnos el dialecto
que hablamos.

12

A veces saborea y saborea
una palabra,

una manera de decir oída en la niñez.

Así se acaricia una teta de muchacha.

13

Porque sabía ver, palpar, olfatear.

Oler es el primer acto del amor.

¿No me deleito yo oliendo las cabezas
de mis hijos?

14

Es preciso, dijo, acallar la
propia algarabía

—el silencio es una conquista,
un fruto difícil—

y quedarse donde lo coja a uno
el amor,

solo, despacio, paladeando, tocando.

15

Y allá va la negra. Va erguida
como si llevara en la cabeza
un cesto de fruta.

La cadera es exacta, el vientre
es justo.

Es Eva, grávida ya de Caín.

16

Porque el hombre, animal saltarín,
animal triste,

¿de qué puede ser medida?

Como útero herido por el partero
con una uña.

Sabe: pasó por el infierno y
las siete soledades.

17

Me gusta imaginarlo sentado
a la sombra de su ceiba.

Pondera el tronco, grueso y negro,
como de un vigor

antiguo,

pondera las raíces retorcidas.

Remira el verde de la hoja, tan tierno
contra el tronco

sombrío.

Esta vieja ceiba es casi todas
las raíces.

18

Y allá va la negra: senos altos,
puntudos, que tiemblan al

paso.

Los senos, lo primero que se pudre. ■